

LA FILOSOFIA INACCESIBLE O COMO NO TOME LA BASTILLA

FERNANDO SAVATER



Bernard-Henri Lévy: tan guapo, tan rebelde, tan francés, con tanto éxito.

de determinados partidos e intelectuales de izquierda, siempre listos con beatífica alegría a descubrir "conspiraciones" pagadas por el oro de Washington, Moscú, Pekín o del Vaticano, a señalar complicidades, a trompetear astutas operaciones mercantiles en su perjuicio. De este modo, Simone de Beauvoir descubre en los "nuevos filósofos" un montaje de la derecha y del imperialismo contra la izquierda proletaria, olvidando quizá que eso es lo que se dijo en su día de Sartre, de Camus, de Merleau-Ponty y de ella misma; por su parte, Deleuze habla de lanzamiento publicitario apoyado en una jugada de astuto "marketing", que es la descripción que se hizo de su filosofía y de todo el alimento intelectual de Vincennes hasta hace muy poco. Etcétera. Y que conste que no creo que haya

ningún Merleau-Ponty ni ningún Deleuze entre los actuales pupilos de la editorial Grasset...

Bueno, el caso es que yo decidí no escribir nada en esta ocasión sobre la venida de Bernard-Henry Lévy a España. Pero lo curioso es que tampoco hubiera podido aun queriendo, pues resulta que me fue imposible asistir a ninguna de sus dos conferencias en Madrid. A la de la mañana, en la Facultad de Políticas, renuncié voluntariamente; a la de la tarde, en el Instituto Francés, no hubo manera de entrar. Mi previa experiencia del foro del organismo galo era más bien tranquilizadora, pues el día de la visita del heremita Paul Ricoeur, que es la última ocasión que recuerdo haber estado por allí, no asistiríamos más de ochenta personas al acto. De todas formas, concedía un margen

"Lasciate ogni speranza voi ch'entrate". Inferno, III.

LA verdad es que yo no quería escribir sobre la visita de Bernard-Henry Lévy a España. Sabido es que en este país al primer perro que uno mata se nos cuelga el sambenito de "matarperros" para toda la vida. He escrito ya dos artículos sobre los llamados "nuevos filósofos"; una nueva intervención sobre ellos y quedaré convertido en una sucursal ibérica de la casa Grasset en España. Tal parece que uno no tuviese ya en la vida otro norte que cantar las loas de esa dudosa cofradía. Y la verdad es que tampoco es eso. De los nuevos filósofos lo más interesante es su papel de caja de resonancia para que se aireen de nuevo y más extensamente temas que uno lleva perfilando desde hace ya bastante tiempo: ante todo y principalmente, la denuncia del marxismo como ideología de poder. También son bastante útiles para sacar a la luz la zafiedad brutal que todavía subyace al aparente pulimento polémico



En los "nuevos filósofos", Simone de Beauvoir ha descubierto un montaje de la derecha y el imperialismo contra la izquierda, mientras que Deleuze habla de lanzamiento publicitario apoyado en una jugada de astuto "marketing". En la foto, Lévy, durante su conferencia en el Instituto Francés.

razonable de precaución a la notoriedad de Lévy y me presenté en el Instituto con tres cuartos de hora de antelación a la hora anunciada para la conferencia. Las puertas estaban cerradas y una discreta multitud se aglomeraba delante, dejando bien alto el pabellón del interés popular por las cuestiones filosóficas... o al menos por los actos sociales relacionados con ellas. Cuando ya llevábamos más de media hora de dócil espera, se abrió cautelosamente un batiente de la entrada, por el que comenzamos a desfilar hacia el interior del reducto fortificado. Me pasó una cosa que suele pasarme cuando hay que manejar los codos entre bastante personal; en lugar de ir hacia adelante, me voy deslizando insensiblemente hacia atrás, con lo que si empiezo

que yo era precisamente el temido extremista de la lleve inglesa bajo la gabardina y no sólo no accedí al intercambio de prisioneros, sino que se quedó feliz al verme del lado de allá de las rejas...

De modo que no pude tomar la Bastilla: me quedé ante sus cerradas puertas. Durante un rato largo no me moví, pensando cuál podría ser mi siguiente iniciativa. La gente seguía arremolinada, con ese optimismo que la plebe suele sacar de su frustración y que es lo que le permite aguantar lo que aguanta. "Ya abrirán", pensaban; luego no abren, nunca abren, pero el rato de fraternidad ha sido tan grato que ya no importa. Se presentó un señor muy indignado con una tarjeta en la mano y me decía, como si yo fuese el portero y no una de sus víctimas:

maquiavelismos: su éxito teórico ha sido el triunfo neto y escueto de la razón de Estado en una época de crisis. No puede decirse en modo alguno que haya sido traicionado por sus seguidores. Si bien es cierto que éstos no han realizado más que sus planteamientos estatistas y no sus (raros) apuntes revolucionarios —es decir, antiestatales—, lo cierto es que él mismo había postergado siempre estos últimos a los primeros. Creo que Marx ha sido cumplido, en la medida en que un teórico puede ser cumplido por la práctica y con adaptaciones a la época que un espíritu tan evidentemente pragmático como el suyo quizá no hubiese desaprobado. Que el resultado pueda no gustar a algunos, eso ya es otro cantar. ¿Cómo resumir la aportación teórica de Marx? El mismo lo hizo así: "Por lo que a mí respecta, no me corresponde el mérito ni de haber descubierto la existencia de las clases en la sociedad moderna, ni su lucha entre sí. Historiadores burgueses mucho tiempo antes que yo expusieron el desarrollo histórico de esta lucha de clases y economistas burgueses expusieron la anatomía económica de las mismas. Lo nuevo que yo hice fue: a) demostrar que la existencia de las clases sólo va ligada a determinadas fases del desarrollo histórico de la producción; b) que la lucha de clases conduce necesariamente a la dictadura del proletariado; c) que esta dictadura misma sólo constituye el paso hacia la supresión de todas las clases y hacia una sociedad sin clases" (carta a Weydemeyer, del 5 de marzo de 1852). Ahora bien, quizá el problema estriba en la efectividad histórica y social de las clases y sobre todo de la clase-esperanza por definición, del proletariado. Quizá las clases en general, salidas de la historiografía burguesa, como Marx mismo reconoce, fuesen mucho más abstracciones sociológicas que fuerzas sociales efectivas. ¿Cómo podría establecer una abstracción su dictadura, más que por medio de una burocracia que planifica el ámbito total de la abstracción estatal? Y, ¿cómo aboliría esa clase-burocrática las clases y su lucha, más que por medio de un decreto que impusiese otra abstracción sociológica como descripción auténtica del todo? Todo eso ha ocurrido, ocurre. Irónicamente, Marx ha sido cumplido. **Consummatum est.**

¿Terrorismo individual y terrorismo de Estado? Pero ya empieza a salir la gente de la conferencia. El embajador de Francia y su señora, damas distinguidas de la colonia

francesa en Madrid, abonados a las proyecciones semanales... Todos parecen bastante disuadidos de las ventajas tácticas del terrorismo revolucionario. No deja de haber un desprestigio intuitivo del tema en ese público de corbata y estola; y sin embargo, ciertamente es preciso señalar a quien corresponda las identidades de principio entre ambos terrorismos... es preciso acabar con todo romanticismo de la acción que tenga ideales estatales —la violencia administrada y el terror utilizado— como metas: sólo así podrá recuperarse el romanticismo liberador de la acción. Al día siguiente, los periódicos de la izquierda biempensante —es decir, la que no piensa en absoluto— harán con Lévy política de resentimiento. ¡Ese chico tan guapo, tan rebelde, tan francés, con tanto éxito... no puede ser trigo limpio! Va acompañado de una mujer maravillosa y dirige una editorial; ¡me vengaré! Hubo incluso quien puso en duda su presencia en Mayo del 68 arguyendo que por aquel entonces tenía sólo dieciocho años y acababa de salir del Liceo... ¡como si Mayo lo hubiesen hecho ante todo los veteranos del maquis! Esta irritación es comprensible: los teóricos franceses son tan irresistibles que a veces resultan inaguantables. La diosa admiración sonríe incansablemente a su viejo ombligo sorbonnard del mundo...

Quizá aquí esté el verdadero problema de la implantación de ciertos pensadores rebeldes franceses en España, cuando vienen a contar sus perplejidades y "descubrimientos" sobre la izquierda autoritaria a los paisanos de una tierra en la que toda verdadera izquierda ha sido y es desde hace cien años libertaria, asamblearia y antiestatal... ¡incluso dentro de partidos tradicionalmente autoritarios en otras partes del mundo! Eso le pasó al inefable Guattari hace poco —su coro de papanatas no le faltó al chico, de "El País" a "La bicicleta", pasando por "Ajoblanco"— y eso le pasará a B.-H. Lévy, que quizá en España hubiera podido discutir sobre el poder con algo más que marxistas arrepentidos. Algo de eso, por lo que sé, le ocurrió al final de su conferencia en el Instituto Francés cuando... Pero no, no voy a contarlo, yo no estaba. Ni una palabra más sobre la cuestión. ¡Ah, no, eso sí que no! Que sufran los que lograron entrar, los que le vieron, los que vieron —eso sobre todo— al precioso bombón que le acompañaba. Se perdieron lo más importante: el despejado frío de la noche y los susurros demoleedores que el exilio nos dictó. ■



Quizá en España, Lévy hubiera podido discutir sobre el poder con algo más que marxistas arrepentidos.

una cola pongamos en décima posición no alcanzaré la meta añorada más que en trigésimo o cuadragésimo lugar. Total, que llegué a la puerta cuando ya habrían entrado algo así como cien personas y en el preciso momento en el que un discreto cancerbero decidió que el cupo ya estaba colmado. No hubo razonamiento que le hiciera ceder en su postura y se cerró en banda, no hay mejor ocasión para decirlo. Quedábamos fuera otro centenar largo de personas, la mayoría de los cuales llevábamos soportada una espera bastante larga... al menos para el entusiasmo que suele uno poner en asistir a una conferencia. Dos amigos que acababan de entrar se ofrecieron en conmovedor holocausto a salir para que el cancerbero me dejase entrar a mí; el probo funcionario debió suponer

"A ver, que tengo que entrar, que abran. Yo tengo abono para todas las proyecciones". Le argüí suavemente que aquello no era una proyección, por lo que yo sabía, pero él descartó la pega diciendo que en todo caso estaba abonado a cualquier cosa que ocurriese allí dentro. Tampoco logró entrar, la abonada criatura. Entre tanto, me puse a fantasear in mente sobre los títulos de las dos conferencias que nunca oír. Por la mañana, B.-H. Lévy habló en la Facultad de Ciencias Políticas sobre "Marx, Maquiavelo del siglo"; el título de la tarde —allí dentro, tan cerca, ¡ay!, tan lejos— era "Terrorismo individual y terrorismo de Estado".

No cabe duda de que Marx tuvo mucho de maquiavélico, si es que puede imaginarse un Maquiavelo judío. Ha sido también maestro de